



**En celebración del 140° Aniversario de la
Gran Logia de Chile**

Santiago, 23 de mayo de 2002

Mi presencia aquí obedece a que, en mi concepto, éste es un aniversario importante para Chile. Siempre es bueno mirar la historia y el largo plazo, ver cómo el país se ha ido asentando a través de sus distintas instituciones, políticas, morales, ciudadanas; tomar conciencia de que las ideas, valores, identidades que hoy tenemos, forman parte de un largo proceso. En cierto modo, cada uno de los que aquí estamos, somos herederos de los tantos de chilenos que antes que nosotros pensaron en Chile desde sus particulares puntos de vista, y contribuyeron a su grandeza y a lo que hoy somos.

Es cierto, lo decía muy bien el Gran Maestro, nuestros debates de hoy son diferentes a los de 1862, cuando se creó la Gran Logia, heredera, a su vez, de otras órdenes masónicas y, por cierto, del ideario de Bilbao y de Arcos. Sabemos que aquellos fundadores fueron los triunfadores en la batalla de las ideas. La libertad de conciencia y el respeto a la diversidad son principios que se han ido asentando en la convivencia de la mayor parte de las naciones del mundo.

Los ideales de la masonería, que aspiran a la plena dignidad del ser humano en un mundo libre de miseria, donde exista la libertad, la fraternidad, la justicia y la igualdad de oportunidades, aún están vigentes, precisamente porque tenemos todavía mucho que avanzar para alcanzarlos.

Una de las virtudes centrales de la masonería, como ustedes lo saben, y por la cual han luchado, es la tolerancia. ¿Cuánto hemos avanzado desde que el humanismo comenzó a establecerse como tendencia en el siglo XVI, hasta hoy? Cuando se amplió bruscamente el horizonte de Occidente, cuan-

do nuevas razas y nuevos pueblos se incorporan al mapa de la humanidad, hubo quienes, ante la sorpresa de lo diferente, de lo distinto, de aquello que no parecía lo natural, debatieron sobre si aquellos otros seres tenían alma, si eran seres inferiores, o si debían ser simplemente esclavos. Fue entonces cuando comenzó a surgir el humanismo como hoy lo entendemos.

Por cierto, el humanismo tiene raíces muy antiguas, que vienen prácticamente del momento mismo en que el hombre inicia su vida en sociedad. Pero es a partir del siglo XVI que comienza a ser lo que hoy entendemos por tal. Nace en el siglo XVI, cuando razas distintas se encuentran y mundos diferentes se descubren, cuando ocurre este encuentro de dos mundos —que eso es, en cierto modo, el descubrimiento de América por España—. Empieza cuando ese espacio que hoy es Europa mira a los confines del globo, y se plantea las profundas interrogantes que dicen relación con cómo hacemos para tolerarnos cuando somos tan distintos, aun en el aspecto físico. Es allí cuando empieza a surgir en el debate de las ideas el principio según el cual todos los hombres, independientemente de su raza, nacionalidad u origen, son iguales. O, en lenguaje de hoy, que todos los seres humanos, independientemente de su raza, nacionalidad, origen o género, son iguales.

Han pasado siglos desde entonces. Hemos avanzado. Y el surgimiento de la masonería en 1862 está vinculado a lo que ha sido el desarrollo histórico de esta pequeña sociedad en este confin del mundo.

A ratos se nos olvida que los debates que nos parecen tan agudos hoy, son pequeños comparados con aquellos otros tan intensos que hubo ayer. Qué decir del debate de las leyes laicas; qué decir de la década de los ochenta en el siglo XIX, durante el gobierno de Santa María; qué se dijo del Registro Civil, qué se dijo de la ley de matrimonio civil. O, mejor dicho, qué no se dijo de la ley de matrimonio civil y los efectos que iba a traer sobre la sociedad. Y para qué decir de los cementerios laicos. ¿Podía un ser humano ser enterrado al lado de otro ser humano con el cual en vida habían tenido conciencias y pensamientos distintos? Y el debate de las leyes laicas marcó la impronta de cómo construimos esta sociedad entre todos.

Al término de ese debate tan duro, tan difícil, que tiene que ver con algo tan profundo como es la identidad de cada uno de nosotros, surgió un Chile que abrió espacio a la tolerancia, con mayor fuerza de la que tuvimos antes de iniciar ese debate.

Me he preguntado más de una vez si el Parlamento de Chile hoy estaría en condiciones de iniciar un nuevo debate sobre leyes laicas y si tendría el resultado que tuvo aquel del siglo XIX.

Porque aquí la tolerancia sigue siendo una virtud necesaria cuando nos enfrentamos a la tarea de cómo construimos un Chile entre todos.

Y llegaron otros pensadores en los inicios del siglo XX, del siglo que se acaba de ir; y allí, frente a la tolerancia ganada con las leyes laicas, surgió la necesidad de plantear que el debate de ideas se hacía entre iguales, e iguales quiere decir "instruidos". El debate, entonces, de la educación pública, desde que Letelier y Mac-Iver plantearon la necesidad de una educación pública laica gratuita y obligatoria, duró más de veinte años. Se nos olvida hoy la profundidad de esos debates cuando, respecto de proyectos que están en el acontecer, surge la sensación de una gran polémica.

Desde 1900 hasta 1920, el debate giró en torno a si la sociedad chilena podía tener una educación que obligara a cada hijo de esta tierra a cuatro años de enseñanza. Aún están las actas del Parlamento. Es bueno verlas, meditar. Hoy nos parece una discusión baladí. Nadie dudaría que tiene que haber educación obligatoria. ¿Y por qué hubo algunos que dijeron que no debía haber educación obligatoria? Porque algunos pensaban que en el Chile del 1900, 1910, 1920, no era necesario que todos se educaran: se decía que para ciertas tareas rutinarias, como las de un peón en el campo, que tiene que mover las acequias de uno a otro lado para el riego, no se necesitan cuatro años de educación. Se pensaba que la sociedad chilena podía ser un poco más difícil de conducir si todos eran educados cuatro años. Ése fue el debate. Ahí están las actas.

La búsqueda de construir una sociedad un poco mejor es difícil, abrir nuevos surcos es complejo. Hoy día nadie debate si debemos pasar de ocho a doce años de escolaridad. Lo que debatimos son los medios, la forma de hacerlo, cómo somos más eficaces para llegar a ello. Pero nadie en el Parlamento de Chile se levantaría a decir "me opongo a que los hijos de esta tierra estudien doce años". Hemos progresado en cien años.

Y es allí donde la masonería ha desempeñado un papel esencial, porque entendió que para que el debate de las ideas tuviera sentido, la educación era una herramienta fundamental.

Y ahí estamos hoy, en el mismo debate de ayer: cómo queremos construir este país, cómo lo queremos, cómo logramos el pleno respeto a los derechos de todos. Y yo diría que ése es el norte de las reformas que están en curso: la reforma que se ha hecho a la justicia y que está en plena ejecución; los esfuerzos que hacemos en el ámbito educativo; lo que ahora queremos iniciar en el ámbito de la salud; las nuevas políticas destinadas a erradicar la extrema pobreza. Porque de eso se trata: cómo podemos decir que Chile está libre de la miseria. Nada afecta más a la dignidad de las personas que vivir en condición de extrema pobreza. ¿Qué derechos pueden ejercer quienes no tienen lo suficiente para comer, lo indispensable para sobrevivir?

Cuando hablamos de libertad, de autonomía, de participación, de la libertad de conciencia individual, hablamos de personas que ya han superado el umbral mínimo en donde la única preocupación es la sobrevivencia. A eso está llamado el Chile de hoy. Y será igual que el debate de las leyes laicas, igual que el debate de la ley de instrucción; igual habrá algunos que querrán preservar lo que existe y otros que pensamos que podemos construir una sociedad mejor. Así ha sido siempre, desde que el hombre vive en sociedad.

El primer bien público del hombre que vive en sociedad, ¿cuál fue?: cómo nos organizamos para defender nuestra sociedad, para que el campo verde que hoy cultivamos con nuestro esfuerzo, no sea tentación del vecino que quiere invadirlo. La defensa nacional es el primer bien público de una sociedad.

Le sigue el orden interno, por cierto: cómo garantizamos la libertad de expresión de cada uno. Y después, entonces, van surgiendo los otros derechos. Y si algo caracteriza el siglo XX que concluye, como muy bien decía el Gran Maestro, son estos nuevos derechos humanos; porque al derecho elemental del hábeas corpus, le sigue el ejercicio de los derechos políticos, y luego los otros derechos: los derechos económicos, los derechos sociales, el derecho a la educación, al empleo, a la salud, a la vivienda, que tienen que ver con la forma en que la sociedad se va organizando.

Es allí donde la masonería ha estado profundamente imbricada en la construcción de este país. Hoy vivimos un proceso que también vivió en el pasado la humanidad, cuando del sistema de los señores feudales se pasó al Estado-Nación. Ahora nos preguntamos: ¿dónde establecemos los límites de nuestra soberanía en un mundo global? ¿Y entre quiénes hacemos el debate? ¿Sólo al interior de nuestras sociedades? ¿Cuál es la autonomía que

tiene nuestro Banco Central para fijar tasas de interés, si la mayor parte de nuestras grandes empresas están más preocupadas de la tasa de interés que se fija en Nueva York? Y pongo el ejemplo de la tasa de interés para plantear la autonomía en algo tan concreto como aquello.

Pero también hablamos de un Tribunal Penal Internacional. ¿Tiene derecho un ser humano a levantarse y gritar cuando el derecho humano de otro ser humano está siendo violentado? Nos parece que sí. Y si eso es así, ¿qué ocurre, entonces, con la soberanía de cada país? Esos son los grandes debates que, por cierto, tomarán decenas de años, pero en los cuales la institución a la cual ustedes pertenecen ha participado por siempre.

Y la tolerancia siempre ha estado en el centro de la forma de abordar el debate, porque eso sí hemos aprendido: que todos queremos por igual a la Patria, que todos queremos por igual el progreso, y que la tolerancia es la esencia de aquello.

Por eso aprecio este documento que se me ha entregado, este compromiso por el libre pensamiento y la libertad de conciencia, porque es un compromiso dirigido a hacer de éste un país más tolerante frente a tantos temas respecto de los cuales algunos creen saber más que otros. Y cuando algunos creen saber más que otros, entonces la intolerancia comienza a emerger.

Don Arturo Alessandri, cuando fue proclamado candidato presidencial, con la verba que tenía, nos dijo en 1920: "Todos los pueblos han luchado por sus libertades, y ante todo por la libertad de conciencia" —e invitaba entonces a trabajar por el futuro— "sin provocar odios ni divisiones en la familia chilena, inspirándonos sólo en el sagrado espíritu de tolerancia, que en la lucha de las ideas es tienda bajo la cual pueden cobijarse todas las conciencias a respirar el aire puro de la libertad".

Si uno observa el debate de hoy, da la impresión de que cada vez es más difícil respirar el aire puro de la libertad cuando ve que, por insinuar ciertas ideas, algunos se ven atacados por aquellos que dicen que cualquier nueva idea es el inicio de la destrucción de una sociedad.

Sí. La discusión de las leyes laicas era el inicio de la destrucción del Chile del XIX; sí, la discusión de la educación obligatoria era el inicio de la destrucción de la sociedad chilena del XX. O eran el comienzo de un nuevo amanecer en el XIX y en el XX.

Por eso, cuando en este momento se debate sobre algunas reformas, es bueno mirar hacia atrás, y ver cómo al final lo que se impone es la necesidad de una sociedad más tolerante, que sea capaz de dejar atrás focos de miseria, capaz de generar igualdad de oportunidades, de construir un sistema educacional al que todos tengan acceso. En definitiva, una sociedad que está enraizada en lo que ustedes han simbolizado en estos 140 años. Ustedes saben de debates, ustedes saben de tolerancias, ustedes saben de cómo abrirse paso para instaurar nuevas ideas.

En el Chile de 1862 era muy difícil abrirle espacio a esta institución. En el Chile de hoy, esta institución está firmemente asentada. No me cabe duda de que las reformas que hoy planteamos, que son objeto de tanto debate, serán historia firmemente asentada en unos años más.

Muchas gracias, y mucho éxito por la contribución que ustedes han hecho a Chile.